FL 03 37

Segundo curso de Lengua y Literatura Griegas, tema 14, ejercicios prácticos sobre el tema 14, por los profesores José María Lucar de Dios, Pedro Bádenas de la Peña y Concepción Morales Sotal. En nuestra emisión realizaremos en primer lugar distintos ejercicios sobre el genitivo, cuya sintaxis en los principales puntos se ha estudiado en el apartado B del tema 14. Utilizaremos, como en otras ocasiones, para los ejercicios de la emisión de hoy, la Segunda Antología Griega, en las páginas 232, 233 y 234.

En la segunda parte de nuestra emisión continuaremos con la selección, lectura y explicación de textos de Platón, dedicándonos hoy a ver fragmentos de la Carta Séptima y del Libro III de la República. Tome el alumno la Segunda Antología. En la página 232, al final casi del párrafo 515, en la séptima línea empezando por el final, encontramos en este sitio la construcción «Eis totugelio fos», donde claramente puede apreciarse la función de determinación del nombre propia del genitivo.

«Eis totugelio fos» significa «hacia la luz del sol», siendo «tugelio» evidentemente un genitivo adnominal. Una construcción idéntica la podemos ver más adelante en la página 233, cuarta línea, empezando por el principio. En el número 516b, al final, podemos leer «Prosvelepon toton astron tecais selenes fos», donde encontramos construcciones con genitivo tales como «toton astron» y «selenes fos», indicando, como en el ejemplo visto antes, la posesión.

Su traducción será «dirigiendo la mirada a la luz de las estrellas y la luna». Veamos el genitivo dependiendo de una preposición. En esta misma página 233, en la segunda línea, empezando por arriba, encontramos «ek detuton».

La idea de separación, procedencia o, en último término, origen, se marca en griego con genitivo y con la preposición típicamente separativa «ek», que significa «desde», «de», pero con la noción de partir de un interior. «Ek tuton» será, pues, «a partir de esto», «desde esto», siendo «tuton» un genitivo plural neutro. Una construcción análoga la podemos encontrar al principio del fragmento de Platón, señalado para este tema 14, en la página 232.

En la octava línea, empezando por el final, podemos leer «diatrageias tes anabaseos kayanantus», una serie de tres genitivos encabezados por la preposición «dia», que permite un doble régimen, bien con acusativo, significando «a causa de», o bien con genitivo, como es el caso presente, señalando la idea de «a través de», «a lo largo de». Un poco más adelante de este ejemplo, en la misma página 232 y en el número 516A, podemos leer «auges an ejonta ta onmata mestá». «De resplandor tendría los ojos llenos».

El genitivo «auges», «brillo», «resplandor», determina al adjetivo «mestá», «llenos», que concierta con «onmata», «ojos». A continuación de este ejemplo, si seguimos leyendo, veremos qué dice el texto. «Jorán udán hen dinastai ton nin legomenon alezón».

Aquí encontramos la construcción en genitivo «hen ton legomenon alezón». El genitivo «ton

legomenon alezón» es un genitivo partitivo, completando el valor del numeral «hen», «neutro». Además, el genitivo «alezón» va en estrecha dependencia con el participio «legomenon», también en genitivo.

Repitamos toda la construcción y traduzcamos. «Jorán udán hen dinastai ton nin legomenon alezón». No sería capaz de ver una sola de las cosas que ahora llamamos verdaderas.

En la misma página 233, en el párrafo 516C, tenemos un genitivo de causa «panton aithios», causante de todo, que se continúa con «ecaenon honsfeis heoron», aquello que ellos veían. Es interesante la atracción que ha sufrido el relativo «hon», cuando lógicamente esperaríamos el acusativo plural neutro correspondiente, ya que es complemento directo del imperfecto «heoron», «veían». Pasemos a ver algunos casos de genitivo adverbial.

Como ya sabe el alumno, en bastantes ocasiones el genitivo se ha convertido en el único determinante posible del verbo. En otras ocasiones se oponen usos con el genitivo a usos, con acusativo. En la página 232, en la segunda línea, empezando por el final, podemos ver la construcción siguiente.

«Suineceias dé oimai de oitan». Independientemente del inciso que supone «oimai», yo creo, tenemos el verbo acompañado de genitivo, en este caso «suineceias». El verbo «deomai» puede construirse tanto con acusativo como con genitivo.

Al regir genitivo, como aquí, significa «estar necesitado de algo», por lo que «suineceias dé oitan» quiere decir «necesitaría de la costumbre». O, lo que es lo mismo, «necesitaría acostumbrarse». En la página 233, fíjese el alumno en la letra C del margen derecho, a partir de ahí, en la línea 3, podemos leer.

«Anamimnes comenon auton tes protes oiceseos». El verbo «anamimnes comai» puede significar «acordarse de alguien o de algo», en cuyo caso regirá genitivo, como es en el caso que nos ocupa a continuación. «Anamimnes comenon auton tes protes oiceseos».

Acordándose él de su primera morada. Pero este mismo verbo también puede regir acusativo, por tanto, significar «recordar algo o a alguien». En el ejemplo que hemos seleccionado, también dependen de «anamimnes comenon» los genitivos «tes ecaisofias» y «ton totes indesmoton», o sea, acordarse de la sabiduría de allí y de los que entonces estaban encadenados con él.

En la sección de nuestro apoyo radiofónico al tema 14, destinada a la literatura, continuaremos con la selección de textos de Platón. Hoy, y en las cuatro misiones próximas, queremos ofrecer la trayectoria del pensamiento platónico en su aspecto político. Faceta esta, que no debe olvidarse, pues en gran medida todo el sistema filosófico elaborado por Platón va dirigido a la consecución de un nuevo concepto humano y su implantación.

En la carta séptima, explica ya Platón la clave que va a determinar toda su evolución ideológica y espiritual, la condena y muerte de Sócrates. Este fue el mayor desengaño que le provocó la

democracia ateniense recién restaurada después del derrocamiento de los treinta tiranos, el gobierno aristocrático y reaccionario que al fin de la guerra del Peloponeso implantaron por instigación de Esparta, amigos y parientes de Platón. Platón también había cifrado en un primer momento sus ilusiones políticas en un régimen como aquel, pero pronto comprendió su error en este punto.

Oigamos al mismo Platón en este importante fragmento de la carta séptima. Muy pronto cayeron los treinta, y con ello su régimen. Nuevamente, aunque con menos ardor, me sentía movido por el deseo de mezclar menos asuntos de Estado.

Pero he aquí que gentes poderosas se llevaron a los tribunales a Sócrates, nuestro amigo, y presentaron contra él una acusación de las más graves, que él ciertamente no merecía en modo alguno. No sólo esto le lleva a apartarse de la política de Atenas, sino que es el mismo sistema democrático, el que Platón aborrece, el que le hace pensar en una transformación absoluta que en vano intentará hacer realidad en la corte de sus amigos, los tiranos de Sicilia. Así nos dice también Platón.

La legislación y la moralidad, está refiriendo a la de Atenas, estaban tan corrompidas que al final llegué a comprender que todos los estados están mal gobernados, pues su legislación es prácticamente incurable al no unir unos preparativos enérgicos y unas circunstancias felices. Entonces me sentí irresistiblemente movido a alabar la verdadera filosofía. Y a proclamar que sólo con una luz se puede reconocer dónde está la justicia en la vida pública y en la privada.

Así pues, no acabarán los males para los hombres hasta que llegue la raza de los puros y auténticos filósofos al poder, o hasta que los jefes de las ciudades, por una especial gracia de la divinidad, no se pongan verdaderamente a filosofar. Una reforma de tal repercusión, Platón la intentó hacer en Siracusa, o como pretende en la República, con la fundación de una ciudad totalmente nueva. Su sistema es en gran parte una restauración aristocrática, pero de un signo muy distinto a lo que a primera vista podría parecer.

El fundamento esencial del Estado platónico es el establecimiento de la idea de justicia, lo que comportará necesariamente no una igualdad de clases de los ciudadanos, sino un equilibrio basado en una estricta jerarquización. Platón lo que hace es llevar a unos límites insospechados la vía abierta por Sócrates, de tender a una especialización en cada faceta del hombre, como final de un proceso de autoconocimiento y de perfeccionamiento moral que se traduzca en todas las actividades del hombre. Mas el rigor de Platón en este punto es implacable.

Logos, el verdadero conocimiento de los valores inmutables, las ideas, sólo es patrimonio de muy pocos, sólo de los auténticos filósofos, poseedores de un alma distinta a la de los demás. Análogo esquema extiende al resto de las clases de los hombres que pueblan la hipotética ciudad. Vamos a leer algunos fragmentos de la República donde veremos cómo Platón demuestra poca confianza en la naturaleza humana, a la vez que considera la vida del Estado, para él de la polis, no una prerrogativa de todos los hombres, como había enseñado Pitágoras, sino de algo rígidamente organizado en clases y dirigido por iluminados con el conocimiento de

la verdad esencial, a través de la filosofía.

En este fragmento del libro III de la República se verá cómo Platón propugna la necesidad de la mentira política tendente a crear en el pueblo la convicción de que no le es posible salir de la verdad aparencial, logrando así una sólida jerarquización de las clases. Dice así Platón en la República. Si hay alguna persona a quien le sea lícito faltar a la verdad serán los gobernantes de la ciudad, quienes podrán mentir con respecto a sus enemigos o con ciudadanos en beneficio de la comunidad, sin que ninguna otra persona esté autorizada a hacerlo.

¿Cómo nos las arreglaríamos ahora para inventar alguna mentira beneficiosa y convencer con ella a los gobernantes y al resto de la ciudad? Habla y no temas. Voy pues a hablar, aunque no sé cómo ni con qué palabras, ni cómo de intentar persuadir ante todo a los mismos gobernantes y a los estrategos y luego a la ciudad entera. Hablaré de modo que crean que toda la educación e instrucción que les dábamos no era otra cosa que un sueño.

Y les diremos. Sois hermanos todos cuando habitáis la ciudad. Al formaros los dioses hicieron entrar oro en la composición de cuantos están capacitados para mandar, por lo que valen más que ninguno.

Plata en la de los auxiliares y bronce y hierro en la de los labradores y demás artesanos, aunque todos procedan de un mismo origen. Puede darse el caso de que nazca un hijo de plata de un padre de oro o un hijo de oro de un padre de plata, o de que se produzca cualquier otra combinación semejante entre las demás clases. Pues bien, el principal mandato de Dios a los gobernantes ordena que se comporten como buenos guardianes y que vigilen con la mayor atención las combinaciones de metales de que están compuestas las almas de los niños.

Y si alguno de estos, aunque sea su propio hijo, tienen la suya parte de bronce o hierro, el gobernante debe relegarle sin la más mínima consideración a la clase de los artesanos y labradores. A cada una de estas tres clases corresponde el ejercicio de un tipo de virtud en especial. Los gobernantes, hoy arjontes, se dejan llevar por el verdadero logos, la razón.

Ellos son los depositarios de la sofía, sabiduría, que debe sacrificar su vocación teórica para ayudar al resto de la ciudad. La vigilancia para garantizar la observancia de las leyes emanadas de esa sabiduría de los filósofos tiranos queda confiada al cimos, la pasión o el ánimo capaces de poner en práctica la virtud del valor, la andreia. Todo esto es propio de los filaques, los guardianes, el segundo estrato para Platón en su sociedad.

En último término, quien lleva la peor parte es el hombre común, los demiurgoi, artesanos, trabajadores manuales, cuya sola obligación es la obediencia, es decir, la sofroscine, a los que saben más que él. Platón elimina de esta forma toda posibilidad de que sea el mismo hombre quien llegue a perfeccionarse moralmente, tanto desde el punto de vista individual como colectivo. Pues al ser conocedores de la verdad absoluta quienes implantan esta y además bajo un aparente fundamento religioso, se consolida el continuo predominio de unos pocos escogidos sobre los demás.

Paradójicamente, Platón, al intentar evitar por todos los medios los excesos del egoísmo humano, se distancia del hombre, creyendo que al concentrar toda la seguridad de lo inmutable en la religión y el poder, puede regenerarse al hombre. Pero tras ese pretendido moralismo, no hace sino establecer un sistema social y político arcaico análogo al de la época aristocrática donde toda norma emanaba de la divinidad o bien de la tradición.